

© *Temas*, n. 2, abril-junio de 1995, pp. 64-78.

## **Los cubanos en su contexto: teorías y debates sobre la inmigración cubana en los Estados Unidos \***

Miren Uriarte

*Socióloga. Universidad de Massachusetts, Boston.*

\* Trabajo presentado en el Taller sobre la Migración Cubana. Centro de Estudios de Alternativas Políticas (CEAP). La Habana, Universidad de La Habana, enero de 1995.

*Al más ilustre de los inmigrantes cubanos en los Estados Unidos.*

“La nación se ha hecho de inmigrantes”,<sup>1</sup> escribe Martí sobre los Estados Unidos en 1886, “por cada hombre del país, cincuenta extranjeros”.<sup>2</sup> Testigo de la más contundente oleada migratoria de trabajadores al Nuevo Mundo, Martí presenció la llegada de “los noruegos pelirrojos y espaldudos, los alemanes tenaces y tudentes, los italianos brillantes y mansos, los irlandeses caninos”<sup>3</sup> y también las contradicciones económicas y sociales de esa inmigración. Esa oleada comenzó despacio con el albor de las industrias del Norte antes de la guerra civil norteamericana y se convirtió en un verdadero estruendo una vez afianzado el destino económico norteamericano con la derrota del Sur agricultor por el Norte industrial. Entre 1860 y 1870, 2,2 millones de europeos arribaron a los Estados Unidos. En la década pico de 1900 a 1910, la migración europea ascendió a más de 8 millones de personas.<sup>4</sup> La mano de obra inmigrante consolidó la transformación de la economía norteamericana y Martí observó las contradicciones de esa etapa de la acumulación del capital industrial: “empezó la importación de trabajadores baratos”, escribe, “no se abrían nuevas fábricas, sino que se cerraban muchas o rebajaban sus salarios o el número de sus obreros”.<sup>5</sup> Los inmigrantes poblaron las grandes ciudades del Este concentrándose en las áreas de viviendas más baratas y formando los “ghettos” que, aunque hoy están poblados por otros ‘más recientes, continúan siendo la expresión geográfica de la pobreza urbana norteamericana. “La brega es muy grande por el pan de cada día”,<sup>6</sup> escribió Martí, “y no se da por la ciudad un paso sin que salten a los ojos como voces que claman, la opulencia indiscreta de los unos y de los otros la miseria desgarradora”,<sup>7</sup> plasmando así las crecientes diferencias de clase que se evidenciaban en la sociedad norteamericana.

Opacadas por esta gran convulsión, la migración de otras partes del mundo y la situación de las minorías nacionales pasaban inadvertidas, aunque eso no quiere decir que fueran insignificantes. Para esta época, las “guerras indias”, que condujeron a la segregación de las poblaciones nativas americanas dentro de pequeñas fracciones de sus anteriores dominios, habían traído el “fin del problema indio”. Hacia 1860, la importación de esclavos africanos había traído como resultado la existencia de una población proveniente de ese Continente de cerca de 4 millones de personas.<sup>8</sup> La “conquista del Suroeste” a mediados del siglo XX, había absorbido una vasta población mexicana en lo que hoy son los estados de California, Texas, Arizona, Nuevo México, Nevada,

Utah, y partes de Colorado.<sup>9</sup> Para finales de siglo, los descendientes de los trabajadores chinos importados para la construcción de los ferrocarriles y el trabajo en las minas, ya constituían un sector poblacional significativo.<sup>10</sup> Finalmente, el mismo Tratado de París que le otorgo la pseudo independencia a Cuba en 1898, traspasó Puerto Rico a manos norteamericanas, sentando así las bases para que unas décadas después se iniciara la migración de trabajadores puertorriqueños. Esta sirvió de punta de lanza para las de otras naciones del Caribe.

En los albores del siglo XX estaban ya sentadas las bases para la gran mezcla multinacional, racial y étnica que constituye hoy los Estados Unidos. Pero no sería una mezcla fácil. Esas primeras décadas del siglo XX, caracterizadas por candentes luchas económicas, políticas y culturales, definieron el marco ideológico en el que se percibiría la formación de la nación norteamericana hasta los años sesenta. Fue también esta convulsionada época la que sirvió de base para el desarrollo teórico de las ciencias sociales norteamericanas sobre estos procesos.

Es importante entender que el estudio y la teorización sobre los procesos de conquista, esclavitud y migración que forman la nación norteamericana son, desde sus inicios, terrenos de intensa lucha ideológica. La realidad de esta historia no sólo desmiente las versiones más aceptadas, sino que confronta algunos de los valores fundamentales de la sociedad norteamericana. La tensa y a veces violenta dinámica de las relaciones raciales y étnicas en los Estados Unidos marca su interpretación. En esta área de las ciencias sociales la realidad depende mucho del cristal con que se mire.

Este trabajo examina ese debate teórico y sus implicaciones para el estudio de la migración y adaptación de la comunidad cubana en los Estados Unidos. Se centra principalmente en las teorías sobre la migración y la adaptación de los migrantes a la sociedad norteamericana que han emergido en las ciencias sociales en y sobre los Estados Unidos, a partir de presentar las teorías clásicas, contrastarlas con las teorías emergentes e intercalar en este debate algunos de los trabajos fundamentales acerca de la migración y adaptación de los cubanos en los Estados Unidos.

## **La migración**

Los planteamientos teóricos en relación con las causas u orígenes de la migración se concentran en dos grandes paradigmas: uno, la teoría de *push/pull* (“empujón/halón”), que enfatiza los aspectos individuales de la migración, y el otro, que parte de un planteamiento socio estructural y subraya el impacto de la relaciones económicas y sociales dentro de un sistema económico multinacional.

Las teorías de “empujón/halón” privilegian el análisis de los factores dentro de la sociedad de origen que “empujan” a los individuos a migrar y de los factores en la sociedad receptora que actúan como un imán y “halan” al individuo hacia esa sociedad. Los factores que “empujan” pueden incluir aquellos factores económicos, sociales, políticos y personales que impactan negativamente al individuo en su país de origen. Por otro lado, los factores que “halan” tienden a ser positivos e incluyen la imagen o la realidad de una mejoría en la situación económica, política y social o personal del individuo. En este marco, el flujo es unidireccional y el

sujeto se percibe como uno que toma una decisión libre al migrar, en un proceso racional donde se consideran las ventajas y las desventajas de esa decisión.

A primera vista este paradigma tiene cierta validez —muchas veces nos explicamos la migración en estos términos—, pero en realidad eso es más un reflejo de su poder ideológico que de su capacidad de predecir o generalizar. Como subrayan Portes y Bach en la introducción al libro *Latin Journey*, la prueba empírica no lo apoya.<sup>11</sup> Ante todo, estos análisis se hacen después del hecho y nunca han servido para predecir los flujos migratorios. Tampoco explican por qué ocurren migraciones de unos países y no de otros con condiciones similares o peores.<sup>12</sup> Señalan también estos autores que el diferencial de salarios y oportunidades entre los países de origen y los países receptores tiende a no ser un factor tan potente como lo prevé esta teoría. Por ejemplo, estudios de la migración de profesionales del Tercer Mundo indican que ésta es más prevaleciente entre los profesionales de los países más desarrollados, donde el diferencial en relación con los Estados Unidos es menor.<sup>13</sup> Otros estudios también indican que en muchas ocasiones las migraciones de áreas de bajos ingresos hacia las de ingresos superiores tienen lugar como resultado de procesos de reclutamiento, tal cual ha sido documentado en los casos de las migraciones chinas,<sup>14</sup> puertorriqueñas,<sup>15</sup> mexicanas<sup>16</sup> y otras. Finalmente, este marco teórico no explica los fenómenos de las migraciones de “vaivén” que tanto predominan en la migración entre América Latina y los Estados Unidos.

Ante la incapacidad de este marco teórico de predecir y generalizar, han surgido otros basados en las teorías de *world systems* (sistemas globales)<sup>17</sup> que plantean la existencia de naturalizaciones económicas y políticas entre áreas del mundo que trascienden las divisiones nacionales y que constituyen sistemas económicos interdependientes. Estos sistemas económicos no tienen un nivel de desarrollo igual a través de las diferentes regiones del sistema y se caracterizan por la penetración económica, política y social del más desarrollado sobre el menos desarrollado. Esta relación desigual genera presiones migratorias a través de los disloques económicos que causa la penetración dentro de los países de origen de los migrantes.<sup>18</sup> La migración de trabajadores, como fenómeno social, representa entonces una solución a contradicciones internas del país de origen, pero causadas por las alteraciones que resultan de la expansión del capital.

En este marco, al considerarse más los factores macrosociales, los factores individuales tienden a opacarse. La tendencia es justamente a estimar que la decisión migratoria está condicionada por factores sociales y económicos, lo que no quiere decir que el migrante no “decide” migrar, sino que su “decisión” está constreñida por condiciones económicas, políticas y sociales que limitan su capacidad de acción y que apuntan a la migración como una solución a su dilema.

El marco estructural también ofrece explicación sobre los factores que potencian la continuidad de los flujos migratorios. Al planteamiento de la decisión individual en serie de las teorías ortodoxas se contraponen la tesis del desarrollo gradual de redes o cadenas migratorias que impulsan, regulan y estabilizan el flujo migratorio.<sup>19</sup> La frecuencia con que el viaje del inmigrante es pagado por empleadores o por familiares ya ubicados en el país receptor y el monto de las remesas que los inmigrantes mandan al país de origen, son una prueba de la existencia y actividad de estas redes migratorias. El inmigrante, plantea esta tesis, por lo general migra desde

donde existe apoyo para que dé ese paso (la red emisora) y hacia donde tiene recursos de apoyo —ya sean familiares o profesionales— que constituyen la red receptora. Estas redes, potenciadas por el flujo de información, tienden a disminuir el riesgo económico, social y personal que corre el inmigrante al salir de un entorno que le es familiar hacia uno desconocido.

Cuando repasamos los trabajos sobre la migración latinoamericana a los Estados Unidos, vemos que inicialmente se caracterizan por el uso de las teorías de *push/pull*, un ejemplo clásico de lo cual es el trabajo de Fitzpatrick, sobre los puertorriqueños.<sup>20</sup> Bajo la presión de Bustamante y Cardoso entre los chicanos y Bonilla y Campos entre los puertorriqueños, estos planteamientos ceden espacio a un análisis más integral de la migración latina que apunta principalmente hacia la penetración económica de esos países por parte del capital norteamericano, el disloque de las estructuras económicas existentes en los países de origen y la resultante migración masiva de la población hacia los Estados Unidos.<sup>21</sup> Estos planteamientos significaron un avance fundamental en la conceptualización de la migración latinoamericana, ya que mostraron el vínculo existente entre la expansión del capital norteamericano y la migración, y por extensión, la presencia de grandes concentraciones de migrantes latinos en los Estados Unidos. La responsabilidad de los Estados Unidos sobre la presencia de estos migrantes en el país es una de las bases para las demandas políticas y reivindicativas de las comunidades latinas que allí residen.

La progresión de la perspectiva individual a la perspectiva estructural es menos evidente en los estudios sobre la migración cubana. Tanto en los trabajos producidos en los Estados Unidos como en un creciente número de los realizados en Cuba, el estudio se ha concentrado mayormente en el análisis de factores a nivel individual, como, por ejemplo, las características o las motivaciones de los inmigrantes, y de ahí se han inferido las causas de la migración.

El acercamiento al estudio de la migración desde estos parámetros tiene serias limitaciones, sobre todo en el caso cubano. Las caracterizaciones de la migración sobre la base de descripciones demográficas de los que migran, aunque apuntan hacia los sectores poblacionales más afectados por las presiones migratorias, no suelen poder precisar las causas de éstas. Por otro lado, el uso de las motivaciones expresadas por los migrantes para inferir las causas de la migración, obvia el impacto del voltaje político que rodea esta migración, tanto en el país de origen como en el principal país receptor, sobre la confiabilidad de los datos obtenidos de los migrantes. Dadas las características del diferendo entre Cuba y los Estados Unidos, podemos esperar que la expresión de las “motivaciones” para migrar enfatizen los factores políticos y de rechazo al proyecto socialista cuando son expresadas en el país receptor y los factores económicos y de reunificación familiar cuando se manifiestan en el país de origen. La mayoría de estos estudios se han llevado a cabo en los Estados Unidos y, por ende, éstos se caracterizan por una atención casi exclusiva a los factores políticos. A pesar de sus limitaciones, éste es el paradigma prevaleciente en el análisis de las causas de la migración cubana en los Estados Unidos.<sup>22</sup>

Aunque el análisis de los factores políticos predomina, hay indicaciones de que también operan otros factores. Casal y Hernández, por ejemplo, señalan que para fines de los años sesenta ya el contenido del flujo reflejaba una composición de clase distinta a la de los exiliados de los primeros años, y sugieren que la crisis

económica de los sesenta en Cuba y las medidas tomadas por la Revolución afectaron económicamente a sectores más amplios de la población, con el resultado de su migración.

En 1973 y 1974, Portes y Bach entrevistaron en Miami a cubanos que llegaban a través de terceros países y encontraron que casi un tercio de los entrevistados habían tenido planes de migrar hacia los Estados Unidos desde *antes de la Revolución*, y que sus motivaciones para migrar no eran unidimensionales. Estas, dicen Portes y Bach, “reflejan el rechazo general al Gobierno que han demostrado los refugiados cubanos desde los años sesenta”, pero también “sugieren una preocupación de igual magnitud por las condiciones sociales y económicas”.<sup>23</sup> Por otro lado, Rogg, Rogg y Cooney y Clark, Lasaga y Reque, en diferentes estudios, señalan la fuerza de las redes familiares para promover y mantener el flujo migratorio.<sup>24</sup> Ya para la migración del Mariel se hizo evidente el impacto que los factores económicos y las redes familiares ejercieron en movilizar la emigración masiva por ese puerto habanero.<sup>25</sup> Para los migrantes posteriores al año 1992, el factor económico resaltaba, según reportes sobre la migración ilegal llevados a cabo por el Centro de Alternativas Políticas de la Universidad de La Habana.<sup>26</sup>

Algunos trabajos sobre la migración cubana enfocan su análisis desde una perspectiva estructural que enfatiza el papel de los factores institucionales. En varios trabajos, Rafael Hernández, del Centro de Estudios sobre América, en La Habana, enfoca la política migratoria norteamericana y el diferendo bilateral como factores causales de la migración.<sup>27</sup> Masud-Piloto, en su análisis de la política migratoria norteamericana, también hace énfasis en el impacto de la política de “brazos abiertos” para promover la migración cubana.<sup>28</sup> Torres y Arce, en su análisis de los factores que llevaron a la migración de niños sin sus padres al principio de la Revolución, subrayan la función de las agencias de inteligencia norteamericanas, la contrarrevolución y la Iglesia Católica en promover el éxodo de cerca de 14 000 niños.<sup>29</sup> Estos análisis indican que los factores institucionales han tenido peso en el proceso migratorio cubano. El uso de la migración por parte de los Estados Unidos como arma en el diferendo bilateral y el empleo de mecanismos controlados por el Estado norteamericano, ya sea su política migratoria o sus agencias de inteligencia, es el paradigma prevalente en la explicación de la migración cubana en Cuba.<sup>30</sup>

Pero el hecho es que no existe todavía un análisis de la migración cubana comparable al que ya tenemos sobre otros grupos latinos, es decir un análisis que considere de forma integral los factores históricos, socioestructurales y políticos que afectan la migración de los cubanos.<sup>31</sup> Entender la multiplicidad de fuerzas que actúan sobre la sociedad cubana para promover la migración es de vital importancia, sobre todo en el nuevo contexto en que se encuentra la Isla. Con el desmantelamiento del sistema económico socialista y la creciente inserción cubana en la economía mundial, y ante todo en la economía del hemisferio, Cuba se expone más que nunca a las mismas fuerzas que propulsan la migración de América Latina.

### **La inserción de los inmigrantes**

Aunque la visión estructural no se ha evidenciado en el estudio de la migración, sí ha tenido más impacto en

la adaptación de los inmigrantes cubanos a los Estados Unidos. La adaptación de éstos, en general, tiende a ser más estudiada y se entrelaza con los estudios sobre las minorías raciales en los Estados Unidos. En esta área, el marco teórico ortodoxo, representado fundamentalmente por la escuela de la asimilación, se enfrenta a teorías alternas en todas las áreas: la inserción económica, la inserción social, el desarrollo de la conciencia étnica y racial, la formación de comunidades y muchas más,

En general, el paradigma de la asimilación interpreta la llegada masiva —o la presencia— de individuos que no comparten las características de la mayoría como una ruptura del equilibrio social. Este se restaura en la medida en que los “de afuera” comienzan a asemejarse al resto de la sociedad y, en respuesta, la sociedad los acepta más abiertamente y con menos prejuicio.<sup>32</sup> Gordon describe un proceso ideal de asimilación donde, aunque puede haber cierta variación, el empuje es hacia el despojo de los rasgos culturales y las relaciones primarias basadas en el país de origen y hacia la adquisición de otras basadas en la cultura dominante. Tal proceso comienza con la *aculturación*, que se ve como un proceso lineal, donde el inmigrante o minoría poco a poco abandona elementos de su cultura original y adquiere las de la mayoría. La *asimilación estructural* ocurre cuando el grupo entra de lleno en la estructura social del país receptor, es decir, cuando participa en los grupos e instituciones de la sociedad dominante. La asimilación estructural es, desde el punto de vista de Gordon, la más importante, ya que una vez que tiene lugar, los otros tipos de asimilación le siguen más fácilmente. Una vez que existe una asimilación estructural, el prejuicio y la discriminación ya no suponen un problema y esto da paso a la *asimilación por identificación* con la sociedad dominante y minimiza la identificación con el país de origen. Se llega finalmente a la *asimilación cívica*, donde ya no existen conflictos de valores con la sociedad dominante.<sup>33</sup>

Los procesos de asimilación y la americanización como resultado ineludible de la migración hacia los Estados Unidos es, otra vez, el modelo conceptual que resulta intuitivamente correcto, no por su capacidad de reflejar la realidad, sino por la fuerza ideológica que lo impulsa. Gordon describe los tres modelos de la sociedad norteamericana que componen la base ideológica de este proceso.<sup>34</sup>

El primero, la *conformidad con lo anglo*, propone la entrega total de los valores culturales y morales del inmigrante a favor de una aceptación completa de los valores de la sociedad anglosajona. De acuerdo con lo que escribe Gordon en 1964; ésta era la visión aceptada hasta que la realidad de la falta de *conformidad* se impuso en los años sesenta y evolucionó hacia la explicación de la sociedad norteamericana como un *melting pot* o “caldero de fundición” étnico/racial, donde la sociedad internaliza y transforma las culturas de todos los grupos, lo que trae como resultado una cultura “americana” que incorpora los mejores valores, expresiones culturales y estilos de vida de todos los grupos. Ese “caldero de fundición”, que es quizás la imagen de la sociedad norteamericana que más predomina, hoy compete por la primacía ideológica con el “pluralismo cultural” que plantea una sociedad donde las minorías étnicas y raciales retienen los elementos más importantes de sus valores y sus culturas, sin que ello conduzca a la discriminación o prejuicio. Pero la realidad es que tanto la imagen del “caldero de fundición” como la del “pluralismo” chocan con la realidad de la situación de las minorías raciales en los Estados Unidos. Como diría Pedraza-Baley, “el pluralismo existente no expresa respeto por otras culturas,

sino patrones de desigualdad social”<sup>35</sup> ya bien establecidos.

La escuela de la asimilación ha aceptado el reto que plantea la situación de las minorías raciales con cierta energía y ha dedicado mucho esfuerzo a la tarea de explicar las causas de la falta de asimilación de estos grupos. Han planteado tres explicaciones fundamentales. La primera se centra en la cultura de los grupos como la causa de su falta de asimilación. Estas llamadas “desventajas culturales” agrupan una serie de características, como pueden ser los hábitos laborales, la orientación respecto al tiempo, el idioma, las costumbres rurales, las prácticas de crianza y muchas más. El argumento principal es que según desaparezcan estas desventajas culturales se acelerará el proceso de asimilación. La segunda argumenta que existen problemas en la estructura social de los grupos étnicos y/o raciales que constituyen barreras para su asimilación. Estos análisis se centran en las diferencias en las estructuras familiares y en las estructuras de sus comunidades y asentamientos en relación con los de los grupos dominantes. El mantenimiento de lazos intraétnicos y la formación de organizaciones étnicas se ven dentro del marco de los factores que retardan la asimilación. Finalmente, la escuela de la asimilación admite que las actitudes y acciones de la sociedad hacia el grupo pueden incidir sobre su integración. De aquí se derivan muchas teorías sobre la naturaleza del prejuicio y la discriminación, que se caracterizan por su visión individual y psicológica del problema.

No es hasta después que los logros de la lucha por los derechos civiles en Estados Unidos se hicieron evidentes en la academia norteamericana que se empiezan a confrontar los basamentos clasistas, racistas y etnocéntricos reflejados en las teorías de la asimilación. Influidos por las luchas anticoloniales y desde una perspectiva marcada por el marxismo, el debate teórico de esos tiempos resaltó la invalidez de los paradigmas establecidos para explicar la situación de las minorías y los “nuevos” inmigrantes del Tercer Mundo. La nueva tendencia se orientó a diferenciar teóricamente la experiencia del inmigrante europeo de la de las minorías e inmigrantes del Tercer Mundo.<sup>36</sup>

Este argumento se basaba primordialmente en la disparidad entre el contexto económico y social que encontraron los inmigrantes latinos y asiáticos en las últimas décadas, en comparación con el de los inmigrantes europeos de finales del siglo pasado. Lejos de penetrar la economía industrial ascendente y en expansión, como fue el caso de los inmigrantes europeos, los inmigrantes del Tercer Mundo enfrentan una economía en contracción, donde las industrias manufactureras están en franco declive, y una dinámica socioeconómica que los concentra en la agricultura y en los sectores descendientes de la industria.<sup>37</sup> Socialmente, el hecho de que la mayoría de los nuevos inmigrantes no son, —y los que lo son no son considerados—<sup>38</sup> de raza “blanca” ha significado una inserción social matizada no sólo por sus diferencias étnicas, como es el caso de los inmigrantes europeos, sino también por sus diferencias raciales. Estos contextos tan disímiles han causado que la experiencia de los nuevos inmigrantes a los Estados Unidos sea marcadamente diferente a la de los inmigrantes europeos, y no necesariamente por las características de los migrantes en sí mismos, sino por las estructuras económicas y las condiciones sociales que los reciben.

Las teorías alternas tienden, en consecuencia, a enfatizar los factores estructurales de la inserción y a dilucidar la complejidad de la interacción de raza y clase en la sociedad norteamericana. Explicarlas todas es más

de lo que me puedo permitir en este trabajo. Pero vale la pena abordar dos áreas teóricas con marcadas implicaciones para el estudio de la comunidad cubana, en interés de que se aprecie la diferencia en su perspectiva. Se trata de la inserción económica y de las relaciones étnico/raciales.

### **La inserción económica**

La incorporación económica de los grupos latinos y otros inmigrantes tercermundistas a la sociedad norteamericana se caracteriza por su desigualdad en relación con la situación de los trabajadores norteamericanos blancos.<sup>39</sup> Aunque hay diferencias entre los grupos latinos (los hombres cubanos, por ejemplo, obtienen los mejores resultados económicos y los hombres puertorriqueños los peores), éstas palidecen en comparación con el diferencial económico de todos los grupos con el grupo dominante que es, no sólo significativo, sino persistente a través del tiempo.<sup>40</sup> Esta realidad, que se acelera a partir de los años setenta, se refleja en un estancamiento económico y una creciente tasa de pobreza entre los latinos en los Estados Unidos. Los cubanos, aunque reflejan una situación económica privilegiada entre los latinos, no han estado exentos de esas crecientes tasas de pobreza, aunque éstas no llegan a caracterizar al grupo como tal, como es el caso de los puertorriqueños. Lo que sí caracteriza a los cubanos es una creciente bifurcación en su inserción económica y, como resultado, una creciente estratificación intragrupal.

La desigualdad existente ha suscitado varios tipos de explicación. La perspectiva ortodoxa<sup>41</sup> plantea que los latinos, como son los recién llegados al mercado laboral, naturalmente tienden a trabajar en los peores trabajos, y que, con el tiempo, serán desplazados por nuevos inmigrantes y ascenderán la “escalera de la oportunidad”, que está al acceso de todos. La persistencia de las diferencias económicas a través del tiempo —en algunos casos generaciones— se explica señalando las diferencias de “capital humano” —nivel educacional, hábitos de trabajo, experiencia laboral, dominio del idioma— con que arriban los inmigrantes en comparación con las que caracterizan a los trabajadores blancos nativos.<sup>42</sup> El enfoque en el “capital humano” lleva a conclusiones que ponen el peso causal de la inserción económica casi exclusivamente sobre las características personales de los inmigrantes.

Las explicaciones alternas ponen énfasis en los factores estructurales y la interacción de éstos con las características individuales de los inmigrantes. Unos subrayan la función de la discriminación a la que están expuestos los inmigrantes y las minorías en el mercado de trabajo como causal de la desigualdad económica en relación con los norteamericanos blancos. Muchos investigadores han tratado de determinar el peso explicativo de la tesis de la discriminación y de iluminar los mecanismos mediante los cuales ésta actúa para desembocar en la desigualdad económica entre los grupos.<sup>43</sup> Estos estudios apuntan a que la discriminación es un factor causal importante —pero no el único—, de la desigualdad económica existente, y que la fuerza de la discriminación como factor causal varía sustancialmente entre los mismos grupos latinos.<sup>44</sup>

Otros enfocan su análisis en la estructura del mercado laboral y su tendencia a segregar a los trabajadores de acuerdo con sus características (raza, etnicidad y género, primordialmente), hacia sectores económicos

distintos. La hipótesis de la “segmentación del mercado de trabajo” plantea que existen mercados de trabajo paralelos donde un sector, el mercado primario, se caracteriza por su estabilidad laboral, salarios competitivos, beneficios y escalas de promoción, mientras que los sectores secundarios representan un mercado de trabajo más competitivo que se caracteriza por salarios bajos, inestabilidad laboral, pocos o ningún beneficio, y escasas posibilidades de promoción. El mercado secundario está compuesto primordialmente por minorías raciales, inmigrantes y mujeres y la predominante presencia de éstos se explica sobre la base de la dinámica del mercado de trabajo y su uso deliberado de las divisiones raciales, étnicas y de género.<sup>45</sup>

Finalmente, otros aluden a la reestructuración y transformación de la economía norteamericana,<sup>46</sup> un proceso caracterizado por el declive de las industrias básicas, la desaparición de los trabajos industriales y la ascendencia de la economía de servicios. La reestructuración económica ha creado una bifurcación dramática en los salarios de los trabajadores, ya que ha tendido a generar un número reducido de empleos con salarios altos y un gran volumen con salarios muy bajos.<sup>47</sup> Los inmigrantes y las minorías tienden a estar concentrados en los segundos. A pesar de que no hay total claridad sobre los mecanismos a través de los cuales opera la reestructuración económica sobre las oportunidades laborales de los inmigrantes y las minorías,<sup>48</sup> este grupo de teorías concuerda en que las transformaciones económicas han traído como resultado un alza sustancial de la tasa de pobreza entre los trabajadores (*working poor*) y una exacerbada desigualdad económica.

Existen muchos estudios que comparan la inserción económica de los cubanos con la de otros grupos latinos que revelan una situación económica privilegiada de aquéllos en relación con éstos. Los cubanos, como grupo, tienden a exhibir mejores resultados económicos que otros grupos cuando se consideran los salarios individuales de los hombres, los ingresos de las familias y las tasas de pobreza individual y familiar. Son el grupo latino que más se asemeja a las características económicas de la población blanca norteamericana, aunque no llegan a alcanzar por un ancho margen los logros económicos de éstos.<sup>49</sup> Pero, sin duda, los cubanos han tenido una inserción económica singular en relación con otros grupos latinos.

En los estudios de la experiencia económica de los cubanos en los Estados Unidos ha primado la visión ortodoxa de su inserción. Para muchos, la inserción de los cubanos se debe a sus características individuales: nivel educacional y destrezas laborales con que llegaron o que han adquirido, su carácter laborioso y sus habilidades comerciales.<sup>50</sup> Lo que emerge de este análisis es la imagen de la “minoría modelo”, que por sus dotes y su tesón violó todas las reglas del juego. Que esa imagen perdure tiene sus beneficios políticos, ideológicos y psicológicos, tanto para la comunidad cubana como para aquellos que argumentan que las diferencias de las características entre los trabajadores son la causa de la desigualdad en los Estados Unidos. Pero ello no concuerda con toda la realidad.

Los análisis estructurales añaden otro matiz a la visión predominante de la inserción de los cubanos. Podemos dividir estos análisis en dos grandes categorías: aquellos que enfatizan los factores institucionales, como pueden ser la familia y la función del Gobierno, y otros que analizan el impacto de las estructuras económicas, ya sean a nivel macrosocial o dentro del grupo.

En su estudio comparativo de los inmigrantes cubanos y mexicanos, Pedraza-Baley, analiza la función de la

ayuda federal, a través del Programa para Refugiados Cubanos, en potenciar la inserción económica de los cubanos.<sup>51</sup> Pedraza-Baley documenta una inversión federal de más de un \$1 billón y de más de 12 años de duración para asistir a los cubanos por razones políticas. Esta asistencia federal a los exiliados cubanos implicó asistencia económica directa, subsidios de comida, atención de salud, préstamos universitarios, entrenamiento y revalidas para profesionales, clases de inglés y asistencia en la obtención de préstamos para pequeños negocios. La ayuda federal, argumenta la autora, se convierte en una de las “ventajas” que tienen los cubanos y que “por acumulación” con otras ventajas —como pueden ser sus características individuales— potencian una inserción más propicia de la que se da entre otros grupos latinos.

Otros autores han enfatizado el papel de la familia para propiciar la inserción de los cubanos. Se argumenta que las características de la familia cubana han favorecido una creciente participación femenina en la fuerza laboral —entre las cubanas es significativamente más alta que entre otros grupos minoritarios— y que esto ha motivado una menor pobreza a nivel familiar en comparación con otros grupos.<sup>52</sup> Aunque cierto, eso no obvia los bajos ingresos de la mujer cubana, que se han mantenido a niveles comparables con los ingresos de las mujeres de otros grupos minoritarios a través de los años.<sup>53</sup> Es sólo en la unidad familiar y junto a los ingresos del hombre que el salario de la mujer provee una ventaja contra la pobreza a la familia cubana.

Stepk y Grenier combinan los planteamientos anteriores dentro de una concepción multidimensional de la inserción de los cubanos y sus ventajas sobre otros grupos latinos. Plantean que existen tres formas de “capital cubano”: el capital económico, el capital político y el capital social.<sup>54</sup> El capital económico se relaciona con la diversidad de clase de los cubanos, común en las migraciones de refugiados, en comparación con las migraciones de otros países latinoamericanos donde priman los trabajadores. La presencia tanto de capitalistas como de obreros en el grupo es lo que da pie a su desarrollo autóctono. El capital político se deriva del trato diferente hacia el grupo por parte de la sociedad receptora, dada su condición de refugiados. Los beneficios del Programa para Refugiados Cubanos es un ejemplo de ese trato especial. Finalmente, el capital social está representado por las características de la familia cubana.

Stepk y Grenier señalan que la demografía familiar favorece a los cubanos, ya que tienen una edad media más alta que los otros grupos y tienden a tener menos hijos, y por consiguiente, menos hijos menores en la familia. También tienden a tener su familia extendida en los EE.UU., propiciando más apoyo familiar para la inserción de la mujer en la vida laboral. El hecho de que muchos de los negocios de los cubanos sean negocios familiares, en los que más de un miembro de la familia trabaja, otorga un contexto social aceptable para la participación laboral de la mujer.

Pero, la explicación más poderosa de lo que hace posible la inserción singular de los cubanos, la encontramos en los análisis estructurales de la inserción del grupo a la economía del Sur de la Florida, donde se congrega la gran masa de los cubanos en los Estados Unidos. Basándose en teorías estructurales de la segmentación del mercado de trabajo, Portes y sus colegas describen el “enclave cubano”, un fenómeno económico y social único entre los grupos latinos (aunque existe en otros grupos inmigrantes en general), consistente en una red de negocios en manos de cubanos que comenzaron suministrando soluciones a las

necesidades de la comunidad y que, con el tiempo y su crecimiento, han llegado a ocupar un espacio económico importante en el Sur de la Florida y, más recientemente, a trascender los límites de la comunidad cubana.<sup>55</sup> El enclave, argumentan, sirvió de vehículo de inserción económica para un gran número de exiliados en un espacio que no los relegó a las posiciones de explotación y discriminación que encuentra la mayoría de los inmigrantes latinoamericanos en el mercado de trabajo.<sup>56</sup> La participación en el enclave le ofreció al cubano la oportunidad de insertarse en las redes sociales de una comunidad establecida, lo que llevó a una movilidad más rápida dentro del enclave, y eventualmente, a su transición al mercado primario.<sup>57</sup>

La fuerza del enclave para promover movilidad y transición hacia el mercado primario se hace evidente en estudios de la reestructuración económica del Sur de la Florida y su impacto sobre la población cubana. Este análisis documenta los cambios en la inserción económica de los cubanos según evolucionaba la reestructuración general y demostró la transición de los cubanos, quienes pasaron de una ubicación, en los años sesenta, en sectores industriales, comerciales y de servicios secundarios —las bases del enclave cubano—, a los sectores ascendentes de la economía primaria —los servicios profesionales, los administrativos, etc., en los 80.<sup>58</sup> No obstante, segmentos significativos de la población cubana permanecieron en los sectores descendentes, sobre todo en la muy descendiente esfera industrial. La inserción desigual como grupo ha desembocado en la creciente estratificación económica y en las crecientes tasas de pobreza que también caracterizan a la comunidad cubana en estos momentos.<sup>59</sup>

Estas explicaciones nos llevan a otro tipo de entendimiento sobre la “excepcionalidad” de los cubanos, según el cual los fenómenos estructurales, la actividad del Estado, potencian las posibilidades de sus características individuales.

Sin duda, también existen otros factores que marcan la experiencia cubana en los Estados Unidos. Uno, poco estudiado, pero frecuentemente mencionado, es la función de las redes étnicas y su poderosa fuerza en la construcción de la comunidad. Rogg, por ejemplo, en su estudio de los cubanos en Nueva York-Nueva Jersey, se centra en las redes de ayuda mutua que enlazan a esa comunidad y promueven su adaptación. Portes y Bach también señalan la importancia de estas redes en la organización de la economía de enclave. Stepk y Grenier enfatizan las relaciones étnicas como el factor que potencia las tres formas de “capital cubano”.

En contraste con los presupuestos de las teorías asimilacionistas, la inserción de los cubanos a la sociedad norteamericana no se ha basado en la renuncia de su cultura. Al contrario, sus relaciones como cubanos, como grupo étnico, han sido fundamentales en la formación, consolidación y mantenimiento de su comunidad. Son estas relaciones las que salvan la experiencia económica cubana de limitarse a un relato de los logros individuales de los pocos con recursos y la convierten en una historia de la comunidad en su conjunto. Estas relaciones creadas por los grupos cubanos para sobrevivir en un país extraño es también lo que más claramente los conecta a la experiencia de adaptación de otros inmigrantes.

## **Adaptación y relaciones sociales**

En su versión más conservadora, el paradigma asimilacionista plantea que la etnicidad, o el patrón de asociación frecuente y de identificación con los orígenes comunes del grupo, son un rezago del pasado y un problema en el desarrollo de un funcionamiento óptimo dentro de la nueva sociedad. La formación de organizaciones para los fines del grupo —ya sean religiosas, financieras, culturales, políticas o de servicios—<sup>60</sup> tiende a mantener las relaciones sociales primarias dentro del grupo y por eso se ven como una barrera en el proceso de asimilación. Interpretaciones posteriores subrayan el apoyo moral y social que acompañan las fuertes y densas redes sociales que caracterizan a las comunidades étnicas.<sup>61</sup> Incluso, otros ven en las relaciones étnicas un vehículo potencial para la efectividad política y una ventaja para enfrentar a la sociedad dominante.<sup>62</sup> Pero, esencialmente, la escuela de la asimilación plantea que la necesidad de estas relaciones dentro del grupo se debilita una vez que los inmigrantes adquieren más destrezas, aprenden inglés, y disponen de un mejor entendimiento de la cultura primaria. A medida que ese proceso va ocurriendo, se desarrolla en la sociedad primaria una percepción más positiva hacia el grupo, haciendo aún más fácil que los grupos étnicos se despojen de las relaciones intragrupalas y participen más activamente en las instituciones de la sociedad primaria.<sup>63</sup>

El paradigma alterno plantea que la etnicidad es un proceso emergente que se desarrolla en la interacción del inmigrante con la sociedad receptora. La idea principal de este paradigma es que las barreras estructurales previenen la asimilación de los grupos y que esto trae como consecuencia un proceso de afirmación de la identidad étnica. Las manifestaciones de esta etnicidad emergen de las condiciones de vida del grupo y de su interacción en la nueva sociedad.

Blauner, por ejemplo, señala que el surgimiento de una conciencia de grupo se debe a la reacción ante el rechazo de la sociedad primaria que caracteriza la experiencia de los migrantes del Tercer Mundo en los Estados Unidos. El desarrollo de comunidades étnicas, el mantenimiento de sus culturas y la organización étnica es una forma de resistencia cultural.<sup>64</sup> El rechazo, en vez de debilitar la identificación y la solidaridad étnica, deriva en un resurgimiento y fortalecimiento de la conciencia y la solidaridad étnico-racial.<sup>65</sup>

Yancey, Erickson y Juliani también proponen que la etnicidad es un proceso emergente que se deriva de las privaciones que enfrentan los inmigrantes a su llegada al país receptor.<sup>66</sup> Primero, argumentan, que la concentración de los inmigrantes en ocupaciones o sectores de la economía lleva a una similitud en cuanto al *status* económico, lugares de residencia y estilos de vida, que implican una interacción frecuente, que, a su vez, lleva a una solidaridad de grupo. En segundo lugar, explican, el desarrollo de organizaciones dentro de la comunidad tiende a consolidar esas relaciones personales. Esta interacción casi forzada por la ubicación laboral de los inmigrantes es el factor fundamental de la formación de la conciencia étnica. En vez de ser un rezago del pasado, la etnicidad emerge de la posición del grupo en la estructura social.

Trabajos más recientes acentúan la función de las redes migratorias en la formación de las comunidades étnicas. Tilly, por ejemplo, propone que las condiciones de la migración —y sobre todo las redes sociales que la promueven— establecen el marco para el desarrollo de una nueva estructura social en el país receptor y de una conciencia de grupo que la sostiene. Esta es una conciencia que se desarrolla en la interacción dentro del grupo (según diferentes sectores buscan imponer y continuamente redefinir una visión de los orígenes, carácter e

intereses del grupo) y en la interacción con otros grupos en la nueva sociedad, ya sea a través de relaciones de colaboración, conflicto o competencia. En esta dialéctica, dice Tilly, la etnicidad adquiere su cara de Jano, que mira hacia adentro y hacia afuera a la vez.<sup>67</sup>

La adaptación social de los grupos latinos se estudió al principio casi exclusivamente dentro del marco de la escuela de la asimilación. Esos estudios han revelado que, a pesar de que existe un nivel de aculturación, hay poca evidencia de la “asimilación estructural” de los grupos.<sup>68</sup> Al igual que en el caso de la inserción económica, las explicaciones tradicionales enfatizan los factores individuales (el uso del español, las diferencias culturales, etc.), pero también se reconoce que existe en la sociedad una discriminación hacia los latinos que actúa como barrera para su inserción social. Otros planteamientos han acentuado la estructura de las comunidades latinas, con sus densas redes informales y organizativas, como un factor que retarda la inserción social de los grupos.

Confrontando esta visión, no sólo a nivel ideológico y académico, sino también a nivel político, se encuentra una gama de estudios, planteamientos y esfuerzos organizativos que revelan un proceso mucho más complejo. El argumento central de la visión alterna refleja el análisis de Blauner en cuanto a que la exclusión de las estructuras sociales a través de muchas generaciones no deja otra alternativa que desarrollar mecanismos propios de sobrevivencia. Estos mecanismos incluyen la creación de estructuras para el mantenimiento del idioma y de sus expresiones culturales y la creación de estructuras para el desarrollo económico, social y político de las comunidades latinas. En el caso latino, esto se manifiesta claramente en la lucha por un sistema de educación bilingüe de calidad, la organización de instituciones para el mantenimiento de la cultura, sus organizaciones para el desarrollo de la comunidad, y la variedad de organizaciones de servicio social dirigidas a las necesidades de la comunidad. Por otro lado, también existe evidencia de que las comunidades siempre continúan su lucha por insertarse en las estructuras de la sociedad dominante. La lucha por los derechos civiles, por la inclusión en la vida económica, social y política del país son manifestaciones de esta perspectiva.

Dentro de los grupos existen mecanismos para la socialización de los nuevos inmigrantes en este proceso dual que se actualiza y transforma con cada oleada. En todos los sentidos, la realidad descrita por Blauner es la del latino en los Estados Unidos, pero éste ni olvida ni abandona la esperanza de la asimilación prometida por el aparato ideológico de la sociedad norteamericana. Ambas manifestaciones coexisten en los grupos, siempre en tensión. Esta tensión marca el debate político e ideológico dentro del grupo, y aunque suele ser el vehículo principal para su manipulación y división por parte de factores externos, la tendencia es a unir filas en la confrontación con la sociedad dominante. Esta intensa contradicción es lo que más fundamentalmente marca la conciencia e identidad de los latinos y lo que más caracteriza la organización social de sus comunidades en los Estados Unidos. Como explica Tilly, son una identidad y organización forjadas en la dialéctica del que mira hacia adentro y hacia afuera a la vez.

Los estudios sobre la comunidad cubana en los Estados Unidos, como es el caso de los latinos en general, comenzaron dentro de la escuela de la asimilación; pero en contraste con los estudios sobre los otros grupos, existen pocos trabajos que examinen los factores socioestructurales que marcan la inserción social de los

cubanos. Desde la perspectiva de la escuela ortodoxa, el enfoque se ha centrado en la determinación del grado de asimilación. Pero, aun dentro de este marco, se ha reconocido la capacidad de los cubanos para mantener sus rasgos culturales, incluyendo su idioma, sus costumbres y sus valores, aunque el tiempo y la experiencia en el país han traído consigo cambios en su funcionamiento social.<sup>69</sup>

Desde la perspectiva de una etnicidad emergente, otros trabajos describen la adquisición de una capacidad bicultural como manifestación de la adaptación al medio.<sup>70</sup> El biculturalismo no significa el abandono de la cultura original, sino el desarrollo de una capacidad de actuar de acuerdo con los valores y patrones de las dos culturas, dependiente del contexto en que se encuentre el individuo. Otra versión de este concepto la encontramos en el trabajo de Arce Rodríguez que, basándose en el pensamiento de don Fernando Ortiz, analiza este proceso como una “transculturación” donde lo cubano y lo americano se “fusionan para formar una nueva realidad, introyectada a nivel subjetivo y que cobra vida en la identidad del cubano en Miami”.<sup>71</sup> Finalmente, Arbesú Rodríguez y Martín Fernández analizan el proceso cubano y concluyen que “ni asimilación, ni aculturación, ni transculturación, el proceso continúa...”<sup>72</sup> a través de etapas mediadas por el contacto de los nuevos migrantes con los viejos y por el contacto del grupo con la sociedad receptora.

Pero la evidencia sugiere que los cubanos comparten con otros latinos una conciencia basada en el realismo del excluido y su deseo de participación. En varios estudios, Portes y sus colegas argumentan que entre los cubanos (y los mexicanos), un mejor conocimiento de la realidad norteamericana lleva a una mayor conciencia de la discriminación y de su posición en esa sociedad, y esto a su vez ha contribuido a reforzar su conciencia étnica. Este proceso es más evidente entre los más jóvenes, los más educados y los que tienen mejor dominio del idioma. Pero, esta percepción negativa no conlleva un rechazo a la sociedad, sino que demuestra una creciente participación en ella, un mejor entendimiento de cómo funciona y una reflexión más realista de su situación en dicha sociedad.<sup>73</sup> Y, como señalan Portes y Bach, en la medida en que se insertan más profundamente en la sociedad, más necesitan los inmigrantes del apoyo moral y material de sus redes étnicas para atenuar el impacto personal, social y económico de la experiencia de rechazo y de discriminación que implica esa inserción.<sup>74</sup>

Esta conciencia dual se hace patente en el desarrollo organizativo de la comunidad cubana. Existe una fuerte evidencia visual del dinamismo organizativo autóctono en todas las esferas de su vida cotidiana en Miami. Aun que éste es un tema que ha sido poco estudiado, hay análisis de empresas cubanas,<sup>75</sup> de organizaciones sociales, políticas<sup>76</sup> y de sindicatos,<sup>77</sup> entre otros. También existe evidencia del esfuerzo — bastante exitoso— de los cubanos por penetrar las estructuras dominantes de la sociedad de Miami, tanto en las esferas de los negocios y los servicios, como en la política. En efecto, parte de la contradicción a la que están expuestos los cubanos en Miami radica en que han sido eminentemente exitosos en cuanto a haber logrado construir una comunidad étnica y, a través de ella, penetrar las estructuras económicas, sociales y políticas de la sociedad dominante.

Aunque el proceso subyacente sea similar al de otros grupos latinos, existen características y manifestaciones de la vida organizativa del grupo que sí son singulares. Hay pocos análisis de estas diferencias,

pero vale mencionadas porque son características importantes de la organización de la comunidad. En primer lugar, el hecho de que, dentro del ámbito organizativo de la comunidad, los negocios ocupen tanto y tan importante espacio resulta singular. El desarrollo de una forma efectiva de inserción económica a través de un enclave de pequeños negocios casi garantiza la primacía de las organizaciones comerciales autóctonas en el entorno organizativo cubano. En otros grupos latinos, que no han tenido acceso al capital necesario para formar sus negocios, tienden a primar otros tipos de organizaciones. Pero el enclave no sólo promovió el desarrollo comercial, sino que también dio la base económica para el desarrollo organizativo autóctono en otras esferas de la vida comunal. La densidad, fuerza y variedad de las organizaciones cubanas en Miami es un punto de diferencia con casi todas las otras comunidades latinas. La capacidad económica también ha hecho posible una penetración más efectiva de la estructura social dominante, aunque esta penetración no es completa. Esta es otra gran diferencia que se hace evidente en el contraste de la experiencia organizativa cubana con la de otros grupos.

Finalmente, la actividad política, o lo que Stepik y Grenier llaman la “política peculiar de los cubanos”, constituye otro gran punto de diferencia. El espacio organizativo ocupado por instituciones y actividades políticas dirigidas hacia la situación del país de origen es algo que separa a los cubanos de otros grupos latinos. El continuo involucramiento con la política del país de origen es un fenómeno común entre los grupos exiliados (incluyendo a los exiliados cubanos de otros tiempos). Es también el patrón de otros grupos, que aunque no sean exiliados, mantienen una relación estrecha con sus países de origen, como son, por ejemplo, los judíos y los irlandeses en los Estados Unidos. Este tipo de expresión política es también común entre los latinos, por ejemplo, el debate sobre la independencia de Puerto Rico y la política electoral de la República Dominicana es intenso dentro de estas comunidades. Pero, en todos los casos, las redes informales generadas por este tipo de actividad tienden a ser muy fuertes e influyentes en los procesos de organización de estas comunidades.<sup>78</sup> Pero ésta es una manifestación que usualmente se mantiene dentro del grupo, ya que muy infrecuentemente encuentra eco en la vida política en el país receptor. Dado el diferendo entre Cuba y Estados Unidos, la expresión política de la comunidad cubana sí ha encontrado eco en la vida política de los Estados Unidos. Esto sugiere una explicación de por qué los cubanos han podido manifestarse más abiertamente.

Ha habido pocos estudios —ya sean socio históricos, etnográficos, o de otro tipo— sobre los procesos de organización de la comunidad cubana, pero los que existen, enfatizan la condición de exiliados de los primeros arribantes y la primacía de los factores políticos en la organización de la comunidad. Pedraza-Bailey y Masud-Piloto han argumentado que la forma en que los cubanos han llegado a los Estados Unidos ha dejado su impronta en las características de su inserción, puesto que su condición de “exiliado” ha significado una serie de ventajas económicas, políticas y sociales.<sup>79</sup> Otros han enfatizado la interacción entre las relaciones transplantadas del país de origen y la nueva estructura social que ha emergido en Miami.<sup>80</sup> Y otros han analizado las corrientes políticas de la comunidad cubana, su variedad de formas organizativas y su casi obsesiva preocupación con el tema de Cuba.<sup>81</sup>

Pero una de las sendas más fructíferas ha sido el análisis de la influencia de los factores político-

ideológicos en la formación del enclave económico cubano. Argüelles, en su artículo “El Miami cubano”, argumenta que la colaboración entre los exiliados cubanos y las agencias de inteligencia norteamericanas fue la fuente principal de apoyo, tanto organizativo como económico, en la formación del enclave cubano. Forment, por otro lado, expone la función de la ideología en el desarrollo de una conciencia e identidad colectiva entre los cubanos durante los años sesenta.<sup>82</sup> Este autor propone que las convicciones ideológicas y las actividades políticas fueron importantes en la formación de la comunidad, ya que actuaron como un factor nucleador dentro del grupo. Examina la formación de las organizaciones contrarrevolucionarias y su relación con el proyecto norteamericano hacia Cuba y hacia América Latina en esa etapa. Forment también documenta, como han hecho otros, el proceso de “transición” de este sector, de un enfoque centrado en actividades dirigidas a “la lucha” a las actividades dirigidas a la sobrevivencia en Miami.<sup>83</sup> El enclave cubano, argumenta Forment, se forma en esa transición.

También hay alguna evidencia de que el enclave desempeña un papel para perpetuar las relaciones y los valores que lo crearon. Stepik y Grenier, a través de un conjunto de observaciones, analizan la función de los negocios del enclave en cuanto a promover la solidaridad del grupo, que permite no sólo la continua explotación de la mano de obra barata de los cubanos, sino también la socialización de los nuevos inmigrantes.<sup>84</sup> A través de la participación en el enclave, este inmigrante nuevo es socializado hacia el comportamiento político esperado en Miami. En otras palabras, hay base para pensar que esta vertiente de la identidad del cubano, que se manifiesta en su peculiar actividad política, emerge en los centros de trabajo del enclave. Es justamente el comportamiento político que necesitan para sobrevivir en ese medio.

En resumen, existen evidencias para sostener la tesis de que los factores político-ideológicos son importantes en el proceso de formación de la comunidad. Pero estos trabajos no alcanzan aún a analizar integralmente la relación entre la estructura social que emerge en Miami y la formación de una conciencia de grupo donde resalta esta peculiar manifestación política.

Este tipo de trabajo integral se ha llevado a cabo con otros grupos en los cuales la manifestación política es también singular y presenta resultados que pueden iluminar la complejidad del fenómeno en la comunidad cubana. Por ejemplo, Miller analiza la manifestación política de los irlandeses en los Estados Unidos —un grupo caracterizado por su activa participación política— y revela que un sentimiento anticolonial ya existente en Irlanda toma expresiones diferentes, como son el nacionalismo y la participación política activa, una vez que los migrantes se transplantan en los Estados Unidos. Esto ocurre dada la necesidad de este comportamiento para promover los intereses de la clase burguesa irlandesa en los Estados Unidos y para sustentar su hegemonía sobre la definición del comportamiento adecuado para un irlandés. La mayoría de los inmigrantes irlandeses, que provenía de las clases obreras y campesinas de su país, adopta formas de expresión política que le eran ajenas hasta ese momento.<sup>85</sup>

Hasta ahora, no se ha analizado cómo la formación específica de la comunidad cubana, con sus densas redes organizativas y la llamada “política peculiar de los cubanos”, promueve los intereses económicos de su clase

dominante. ¿Es posible que también sea el comportamiento político que necesitan para sobrevivir?

## **Conclusiones**

Como cualquier revisión teórica, ésta nos ha llevado no sólo a repasar los planteamientos ya propuestos sobre la migración cubana y su asentamiento, sino también a reconocer el trabajo intelectual que resta por hacer para llegar a un entendimiento más completo de esa realidad. En principio, hay que aceptar que la experiencia de la comunidad cubana representa un reto teórico, ya que no encuadra fácilmente con ninguna de las teorías existentes. Los cubanos tienen rasgos de “nuevos” inmigrantes y de minoría en su estructuración social y en algunos aspectos de su inserción económica, de refugiados en su atención a lo político en relación con su país de origen y de grupo étnico “viejo” en algunos aspectos de su inserción económica. Todos estos rasgos operan a la vez, a través de diferentes sectores de la población —los distintos flujos migratorios, las mujeres y los hombres, las diversas generaciones— tornan algo complejo el análisis de este grupo. Esa es nuestra primera conclusión.

El diferendo bilateral entre Cuba y los Estados Unidos ha causado un sesgo importante en el conocimiento sobre este grupo. Desde los estudios sobre la migración hasta los que se han hecho sobre la inserción económica y social, la experiencia cubana ha sido politizada a tal extremo que poco sabemos sobre otros aspectos de la vida comunal. Se podría argumentar que se ha estudiado lo más importante para el grupo. También podemos razonar que se ha estudiado lo que más ha convenido. Aunque este problema responde a una realidad ineludible, es necesario un enfoque que avizore más allá de esa realidad. Un estudio más integral sobre la migración y el asentamiento de los cubanos no tiene que obviar los factores políticos, sino darles su peso relativo a todos los demás.

El estudio de la comunidad cubana ha sido, en su mayor parte, atórico, aunque los mejores resultados se han obtenido cuando se ha en marcado esa realidad en el conocimiento teórico general. Bajo el lema de la “excepcionalidad” de la experiencia cubana se ha ignorado que, a pesar de sus características singulares, sus patrones se relacionan con las experiencias de otros, aunque sea para convertirse en la excepción de la regla general. La teoría, aunque a veces árida y abstracta, provee un marco para la organización de la información y para la comparación, al que es importante atender aunque sólo sea para refutarlo.

Pero hay algo más. En el caso de la experiencia de los grupos étnicos y raciales en los Estados Unidos, la teoría es también el foro de una intensa lucha ideológica sobre la naturaleza de la sociedad norteamericana. Este debate académico, al parecer distante, no lo es en realidad. Sus reflejos se aprecian en la política federal hacia la inmigración, el desarrollo comunal urbano, la educación bilingüe, y las leyes de protección de los derechos civiles. También está muy marcadamente reflejado en el referendo de California, que condujo a la aprobación de la Proposición 187, y en el debate en la Florida acerca de los balseros cubanos. No hay grupo que vaya a sufrir más crudamente las consecuencias de este debate que los latinoamericanos, tanto en sus países de origen, como resultado de los factores que causan la migración en esas tierras, como en sus comunidades en los Estados

Unidos, a consecuencia del racismo institucional, la discriminación y el etnocentrismo. Aunque pensemos que no nos concierne, ningún latinoamericano está al margen de él.

## Notas

1. José Martí, “Correspondencia particular para *El Partido Liberal*”, en: *Otras crónicas de Nueva York*, La Habana: Centro de Estudios Martianos, 1980: 48.

2. Ibid.: 47.

3. Ibid.: 70.

4. N. C. Pinchin, “U.S. Immigration by Racial/Ethnic Group, 1820-1990”, *The Boston Globe*, 21 de marzo, 1991.

5. José Martí, Op. cit.: 23.

6. Ibid.: 47.

7. Ibid.: 68.

8. J. A. Geschwender, *Racial Stratification in America*, Dubuque, Iowa: Wm. C. Brown, 1978: 133.

9. Mario Barrera, *Race and Class in the Southwest : A Theory of Racial Inequality*, Notre Dame, IN: Notre Dame University Press, 1979: 13.

10. V. G. De Bary Nee y B. De Bary Nee, *Longtime Californ': A Documentary Study of an American Chinatown*, New York: Pantheon Books, 1973: 13-8.

11. A. Portes y R. Bach, *Latin Journey: Cuban and Mexican Immigrants in the United States*, Berkeley: University of California Press, 1985: 3-10.

12. W. A. Cornelius, “Immigration, Mexican Development Policy and the Future of U.S.-Mexican Relations”, en: R. H. McBride, ed., *American Assembly of Mexico and United States*, Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall, 1981, e “Illegal Immigration to the United States: Recent Research Findings, Policy Implications and Research Priorities” [working paper], Center for International Studies, M.I.T., 1977, citado en: A. Portes y R. Bach, Op. cit.: 4.

13. W. Glaser y C. Habers,” The Migration and Return of Professionals”, *International Migration Review*, 8: 227-44, citado en: A. Portes y R. Bach, Op. cit.: 5.

14. V. G. De Bary Nee y B. De Bary Nee, Op. cit.: 13-6.

15. M. J. Piore, “The Role of Immigration in Industrial Growth: A Case Study of the Origins and Character of the Puerto Rican Migration to Boston” [working paper], Cambridge, MA.: Department of Economics, Massachusetts Institute of Technology, 1973, y *Birds of Passage: Migrant Labor and Industrial Societies*, New York: Cambridge University Press, 1973: 23.

16. A. Portes y R. Bach, Op. cit.: 5.

17. El planteamiento teórico inicial de esta perspectiva lo hace Immanuel Wallerstein, *The Modern World System: Capitalist Agriculture and the Origins of the European World Economy in the 16th Century*, New

York: Academic Press, 1972.

18. A. Portes, "Migration and Underdevelopment", *Politics and Society*, 8, 1979: 1-48.

19. J. MacDonald y L. MacDonald, "Chain Migration, Ethnic Neighborhood Formation and Social Networks", en: C. Tilly, ed., *An Urban World*, Boston: Little Brown, 1974: 22; M. J. Piore, "The Role of Immigration in Industrial Growth", Op. cit.; J. Taylor, "Differential Migration, Networks, Information and Risk"; C. Tilly, "Transplanted Networks", en: V. Yans-MacLaughlin, ed., *Immigration Reconsidered*, New York: Oxford University Press, 1990; entre muchos otros.

20. J. P. Fitzpatrick, *Puerto Rican Americans: The Meaning of Migration to the Mainland*, Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall, 1971.

21. J. Bustamante, "The Historical Context of the Undocumented Immigration from Mexico to the United States", *Aztlan*, otoño, 1972: 257-82; y J. Bustamante y G. Martínez, "Undocumented Immigration from Mexico: Beyond Borders but Within Systems", *Journal of International Affairs*, 33, verano, 1979: 25; L. Cardoso, *Mexican Immigration to the United States. 1897.1931*, Tucson: University of Arizona Press, 1980; History Task Force, Centro de Estudios Puertorriqueños, *Labor Migration Under Capitalism: The Puerto Rican Experience*, New York: Monthly Review Press, 1979; y F. Bonilla, y R. Campos, "A Wealth of Poor: Puerto Ricans in the New Economic Order", *Daedalus*, 110(2), 1981: 133-17.

22. Véase, Lourdes Casal y Andrés Hernández, "Cubans in the U.S.: A Survey of the Literature", *Cuban Studies*, 5, julio, 1975: 25-51; R. Fagen, R. Brody y T. O'Leary, *Cubans in Exile: Disaffection and the Revolution*, Palo Alto, CA: Stanford University Press, 1968; Juan Clark, *The Cuban Exodus: Why?*, Miami: Cuban Exile Union, 1977.

23. A. Portes y R. Bach, Op. cit.: 154-5.

24. E. Rogg, *The Assimilation of Cuban Exiles: The Role of Community and Class*, New York: Aberdeen, 1974: 28-9; E. Rogg y R. Santana Coeney, *Adaptation and Adjustment of Cubans In West New York*, New Jersey, Bronx: Hispanic Research Center, 1980; J. Clark, J.I. Lasaga y R. Reque, *The 1980 Manel Exodus: An Assessment and Prospect*, Washinton, D.C.: Council for InterAmerican Security, 1981: 2-3.

25. R. Bach, "The New Cuban Immigrants: Their Background and Prospects", *Monthly Labor Review*, 103, octubre, 1980: 39-48, y "The New Cuban Exodus", *Caribbean Review*, 2, invierno, 1982: 3-78; R. Bach, J. B. Bach y T. Triplett, "The Flotilla 'Entrants': Latest and Most Controversial", *Cuban Studies*, 11, julio, 1981: 29-48; R. Bach, "Socialist Construction and the Cuban Emigration: Explorations into Mariel", en: Miren Uriarte-Gastón y J. Cañas-Martínez, eds., *Cubans in the U.S.*, Boston: Center for the Study of the Cuban Community, 1984; J. Clark, J. I. Lasaga y R. Reque, Op. cit.; J. Cañas Martínez, *The Cuban Immigrant of 1980: An Exploration of Psychosocial Issues in the Migration Experience Through the Typical Life History Method* [tesis doctoral en consejería], Escuela de Educación, Boston University, 1984.

26. Centro de Estudios de Alternativas Políticas (CEAP), "Estudio de los intentos de salidas ilegales por vía marítima hacia Estados Unidos", citado en: Ernesto Rodríguez Chávez, "La crisis migratoria Estados Unidos-Cuba en el verano del '94", *Cuadernos de Nuestra América*, La Habana, 1995, (en prensa); y A. Aja

Díaz, “La emigración ilegal de Cuba hacia Estados Unidos y sus motivaciones”, en: Centro de Estudios de Alternativas Políticas, *Anuario*, La Habana: Universidad de La Habana, 1994. En estos estudios hay que tomar en cuenta que el diferendo bilateral también puede resultar en un sesgo en los reportes de motivaciones para migrar por parte de migrantes potenciales entrevistados en Cuba. En este caso, la tendencia sería a reportar motivaciones económicas.

27. Rafael Hernández, *La política inmigratoria de Estados Unidos y la Revolución Cubana*, La Habana: Centro de Estudios Sobre América, 1980, (Avances de Investigación, 3), y “La política de los Estados Unidos hacia Cuba y la cuestión de la migración”, *Cuadernos de Nuestra América*, La Habana, 2 (3), 1985: 75-100.

28. F. R. Masud-Piloto, *With Open Arms: Cuban Migration to the United States*, Totowa, NJ: Rowman and Littlefield, 1988.

29. N. Torres y M. Arce, *Operation Peter Pan*, Project Report to The MacArthur Foundation, 1994.

30. Véase J. Arboleya Cervera, *Las corrientes políticas en la comunidad de origen cubano en Estados Unidos* [tesis doctoral en ciencias históricas], Cap. 1, La Habana, 1994; M. Arce Rodríguez, *El proceso de transculturación de la comunidad cubana de Miami: características socio-psicológicas predominantes* [tesis doctoral en ciencias psicológicas], Cap. 2, Universidad de La Habana, 1993; Hugo Azcuy, “Sobre la relaciones migratorias Cuba-Estados Unidos”, *Cuadernos de Nuestra América*, La Habana, 9(18), 1992: 58-76; Soraya Castro, y María Teresa Miyar, *La política migratoria norteamericana hacia Cuba. 1959-1987*, La Habana: Editorial José Martí, 1989; Ernesto Rodríguez Chávez, “Tendencias actuales del flujo migratorio cubano”, *Cuadernos de Nuestra América*, La Habana, 10(20), 1993: 114-40.

31. Esto es aún más sorprendente, si se tiene en cuenta el número de investigadores con orientación marxista que trabajan este tema, sobre todo en Cuba.

32. M. Gordon, *Assimilation in American Life*, Cap. 3, New York: Oxford University Press, 1964.

33. *Ibid.*: 71.

34. *Ibid.*: 103.

35. S. Pedraza-Balley, *Political and Economic Migrants in America: Cubans and Mexicans*, Austin: University of Texas Press, 1985: 6.

36. R. Blauner, *Racial Oppression in America*, Cap. 2, New York: Harper and Row, 1972.

37. *Ibid.*, Cap. 2. Véase también J. A. Geschwender, *Racial Stratification in America*, *Op. cit.*; Mario Barrera, *Op. cit.*; E. Meléndez, C. Rodríguez y J. Barry Figueroa, eds., *Hispanics in the Labor Force: Issues and Policies*, New York: Plenum Press, 1991: 3-6.

38. En los Estados Unidos, la raza es un concepto no sólo fenotípico, sino también social. Esto lleva a que, por ejemplo, individuos latinos que provienen de nacionalidades de composición multirracial, son considerados *non-white* (no blancos) o *of color* (de color), aunque fenotípicamente sean blancos. Para una discusión del concepto de raza social, véase C. Rodríguez, *Puerto Ricans: Born in the U.S.A.*, Boulder, CO: Westview Press, 1991.

39. Empleamos la palabra blanco para referirnos a aquellos norteamericanos de origen europeo.

40. R. Hinojosa-Ojeda, M. Carnoy y H. Daley, "An Even Greater 'U-Turn': Latinos and the New Inequality", en: E. Meléndez, C. Rodríguez y J. Barry Figueroa, eds., Op. cit.; y M. Camoy, H. Daley y R. Hinojosa-Ojeda, "The Changing Economic Position of Latinos in the U.S. Labor Market since 1939", en: F. Bonilla y R. Morales, eds., *Latinos in a Changing U.S. Economy: Comparative Perspectives on Growing Inequality*, Newbury Park: Sage, 1993.

41. D. Gordon, *Theories of Poverty and Underemployment*, Cap. 3, Lexington, MA: D.C. Heath, 1972.

42. Véase, por ejemplo, B. Chiswick, "The Effect of Americanization on the Earnings of Foreign-born Men", *Journal of Political Economy*, 86, 1978: 897-921; G. Borjas, "The Earnings of Male Hispanic Immigrants in the United States", *Industrial and Labor Relations Review*, 35, 1982: 343-53; G. Grenier, "The Effect of Language Characteristics on the Wages of Hispanic American Males", *Journal of Human Resources*, 19(1), 1984: 35-52; entre muchos otros.

43. Para una discusión de esta literatura véase R.D. Torres y A. de la Torre, "Latinos Class and the U.S. Political Economy: Income Inequality and Policy Alternatives", en: E. Meléndez, C. Rodríguez y J. Barry Figueroa, *Hispanics in the Labor Force: Issues and Policies*, New York: Plenum Press, 1991.

44. Para una discusión de este tema, véase E. Meléndez, Op. cit., y "Labor Market Structure and Wage Differences in New York City: A Comparative Analysis of Hispanics and Non-Hispanic Blacks and Whites", en: E. Meléndez, C. Rodríguez y J. Barry Figueroa, Op. cit.

45. D. Gordon, Op. cit., Cap. 3.

46. B. Bluestone y B. Harrison, *The Deindustrialization of America: Plant Closings. Community Abandonment and the Dismantling of Basic Industry*, New York: Basic Books, 1982; y B. Harrison y B. Bluestone, *The Great U-Turn: Corporate Restructuring and Polarization of America*, New York: Basic Books, 1988.

47. S. Sassen, *The Mobility of Labor and Capital: A Study in International Investments and Labor Flow*, Cambridge, England: Cambridge University Press, 1987, y "Changing Composition and Labor Market Location of Hispanic Immigrants in New York City, 1960-1980", en: G. Borjas y M. Tienda, *Hispanics in the U.S. Economy*, Orlando, FL: Academic Press, 1985.

48. Existen varias hipótesis, por ejemplo, una que enfoca el llamado desfase de destrezas, y propone que las destrezas laborales de las minorías y de los migrantes son más apropiadas para las industrias que están siendo desplazadas de la ciudad que para las industrias ascendientes en la nueva economía. Otra propone la existencia de una cola étnica (*ethnic queue*) de minorías e inmigrantes para ocupar los trabajos industriales abandonados por los obreros blancos. Ambas tienen mucho en común con las explicaciones ortodoxas tradicionales. Véase, respectivamente, J. Kasarda, "Urban Industrial Transition and the Underclass", *Annals*, 501, enero, 1989: 2-47; y R. Waldinger, "Changing Ladders and Musical Chairs: Ethnicity and Opportunity in Post-Industrial New York", *Politics and Society*, 15, 1986: 39-402.

49. G. J. Borjas, Op. cit.; F. D. Bean y M. Tienda, *The Hispanic Population in the United States*, New York: Russell Sage, 1988.

50. G. J. Borjas, Op. cit.; F. D. Bean y M. Tienda, Op. cit.; A. Jorge y R. Moncarz, "Cuban Entrepreneur and the Economic Development of the Miami SHSA", citado en A. Portes y R. Bach, Op. cit.; M. F. Petersen, y M. Maidique, *Success Patterns of the Leading Cuban American Enterprises*, University of Miami, 1986, citado en A. Stepik, y G. Grenier, "Cubans in Miami", en: J. Moore y R. Pinderhughes, *The Barrios: Latinos and the Underclass Debate*, New York: The Russell-Sage Foundation, 1993.

51. S. Pedraza-Bailey, Op. cit.

52. Desde diferentes perspectivas lo argumentan Y. Prieto, *Women, Work and Change: The Case of Cuban Women in the U.S.*, The Northwestern Pennsylvania Institute for Latin American Studies, 1977, y "Cuban Women in the U.S. Labor Force: Perspectives in the Nature of Change", *Cuban Studies*, 17, 1987: 72-91; también L. Pérez, "Immigrant Economic Adjustment and Family Organization: The Cuban Success Store Re-examined", *International Migration Review*, 20, 1986: 4, 20.

53. L. Pérez, Ibid.; Y. Prieto, Ibid. Para una comparación con los ingresos de las mujeres negras en Miami, véase M. Pérez-Stable y M. Uriarte, "Cubans and the Changing Economy of Miami", en: F. Bonilla y R. Morales, eds., Op. cit.

54. A. Stepik y G. Grenier, Op. cit.

55. K. L. Wilson y A. Portes, "Immigrant Enclaves: An Analysis of the Labor Market Experiences of Cubans in Miami", *American Journal of Sociology*, 8, 1980: 295-318; A. Portes y R. Bach, Op. cit.; A. Portes y R. D. Manning, "The Immigrant Enclave: Theory and Empirical Examples", en: Susan Olzak y Joanne Nagel, eds., *Comparative Ethnic Relations*, Orlando, FL: Academic Press, 1986: 47-8.

56. La naturaleza explotadora del enclave es un tema muy debatido. Para una discusión al respecto, véase A. Stepik y G. Grenier, Op. cit., y M. Pérez-Stable y M. Uriarte, Op. cit.

57. A. Portes y R. Bach, Op. cit.; y A. Portes y Leif Jensen, "The Enclave and the Entrants: Patterns of Ethnic Enterprise in Miami Before and After Mariel", *American Sociological Review*, 54, diciembre, 1989: 929-49.

58. M. Pérez-Stable y M. Uriarte, Op. cit.

59. Esta estratificación ya se hacía evidente para la población cubana a nivel nacional al principio de los años 80, según el análisis de Juan Valdés Paz y Rafael Hernández, "Estructura social de la población cubana en Estados Unidos", en: M. Uriarte-Gaston y J. Cañas Martínez, eds., *Cubans in the U.S.*, Boston: Center for the Study of the Cuban Community, 1984.

60. Véase, O. Handlin, *The Uprooted*, New York: Grosset and Dunlap, 1955, e *Immigration as a Factor in American History*, Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall, 1959, para una discusión de las organizaciones religiosas; E. Bonacich y J. Modell. *The Economic Basis of Ethnic Solidarity: Small Business in the Japanese-American Community*, Berkeley, CA: University of California Press, 1981; A.W. Bonnett, *Institutional Adaptation of West Indian Immigrants To America*, Washington D.C.: University Press of America, 1981; e I. H. Light, *Ethnic Enterprise In America: Business and Welfare Among Chinese, Japanese and Blacks* para

discusiones de las organizaciones económicas, Berkeley, CA: University of California Press, 1981; y M. Uriarte, .*Contra viento y marea (Against All Odds): Latinos Build Community in Boston*”, en: *Latinos in Boston: Fighting Poverty. Building Community*. Boston: The Boston Foundation, 1992.

61. A. Greeley, *Why Can't They Be Like Us? America's White Ethnic Groups*, New York: E. P. Dutton, 1971, *Ethnicity in the United States*, New York: Wiley and Sons, 1974.

62. N. Glazer y D.P. Moynihan, *Beyond the Melting Pot: The Negroes. Puerto Ricans, Jews, Italian, and Irish in New York City*, Cambridge, MA: D.C. Heath, 1970.

63. A. Portes y R. Bach, Op. cit., Cap. 1.

64. R. Blauner, Op. cit., Caps. 2, 4.

65. A. Portes y R. Bach, Op. cit.: 25.

66. W.L. Yancey, E.P. Erickson y R.N. Juliani, .Emergent Ethnicity: A Review and Reformulation”, *American Sociological Review* 41(3), 1976: 391-443.

67. C. Tilly, Op. cit.: 90-2.

68. Definida como participación en las instituciones y grupos de la sociedad. Véase, M. Gordon, *Assimilation in American Life*, New York: Oxford University Press, 1964: 71.

69. E.M. Rogg, *The Assimilation of Cuban Exiles: The Role of Community and Class*, New York: Aberdeen, 1974; E.M. Rogg, Y R. Santana Cooney, Op. cit.; J. Szapocznik, M. Scopetta y W. Kurtines, Theory and Measurement of Acculturation; J. Szapocznik, y W. Kurtines, Acculturation, Biculturalism and Adjustment Among Cuban-Americans.

70. J. Szapocznik, M. Scopetta y W. Kurtines, Op. cit.; J. Szapocznik y W. Kurtines, Op. cit.; G. Bernal, .Cuban Families”, en: M. McGodrick, J. Pearce y J. Giordano, *Ethnicity and Family Therapy*, New York: Guilford, 1982.

71. M. Arce Rodríguez, Op. cit.: 83.

72. R. Arbesún Rodríguez y C. Martín Fernández, *Psicología política: identidad y emigración*, 1994: 61. (En prensa.)

73. A. Portes y R. Bach, Op. cit.: 297. Véase también, A. Portes, R. N. Parker y J. Cobas, .Assimilation or Conciousness: Perception of U.S. Society among Recent Latin American Immigrants to the United States”, *Social Forces*, 59, septiembre, 1980: 200-24.

74. A. Portes y R. Bach, Ibidem: 331-3.

75. H.F. Petersen y H. Maidique, Op. cit.; L.R Fernández Tabío, y E. Padrón Ramos, .Caracterización de las mayores empresas cubano americanas en los Estados Unidos”, Centro de Estudios de Alternativas Políticas (CEAP), *Anuario*, La Habana: Universidad de La Habana, 1994.

76. J. Arboleya Cervera, Op. cit.; C.A. Forment, .Political Practice and the Rise of an Ethnic Enclave: The Cuban-American Case, 1959-1979”, *Theory and Society*, 18, enero, 1989: 47-81.

77. G. Grenier, .Ethnic Solidarity and the Cuban American Labor Movement in Dade County”, *Cuban Studies*, 20, 1990: 29-48.

78. Para una análisis del impacto de las redes independentistas y estadísticas en la formación de una comunidad puertorriqueña, véase M. Uriarte-Gastón, *Organizing [or Survival: The Development of a Puerto Rican Community* [tesis doctoral en sociología], Boston University, 1986, Cap. 7.

79. S. Pedraza-Bailey, Op. cit.; F.R. Masud-Piloto, Op. cit.

80. A. Portes y R.D. Manning, Op. cit.; M. Pérez-Stable y M. Uriarte, Op. cit.

81. J. Arboleya Cervera, Op. cit.

82. C.A. Forment, Op. cit.

83. Este fenómeno ha sido ampliamente documentado en trabajos como el de I. Argüelles, "Cuban Miami: The Roots, Development, and Everyday Life of an Emigré Enclave in the U.S. National Security State", *Contemporary Marxism*, 5, verano, 1982: 27-43; J. Didion, *Miami*, New York: Simon and Schuster, 1987, entre otros.

84. A. Stepik y G. Grenier, Op. cit.: 92-4.

85. K. Mille:, citado en: C. Tilly, Op. cit.: 85-6.